

Nuevas formas de desigualdad y responsabilidad de la escuela

Nicolás de Alba Fernández
Fedecaria-Sevilla

TEZANOS, J. F. (2001). *La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 400 pp.

¿O será que en este tiempo de violencia y frivolidad las "cuestiones grandes" continúan royendo el alma, o el espíritu, o la inteligencia ("machacar el juicio" es una expresión con mucha más fuerza) de aquellos que no quieren conformarse?

José Saramago, *Cuadernos de Lanzarote I*.

¿Por qué la desigualdad?

Cruzarse con un escrito sobre la desigualdad es algo que no suele dejar indiferente a nadie. Para algunos la cuestión de la desigualdad es un problema pasado de moda, una cuestión antigua, que se manifiesta sobre todo a raíz de la revolución industrial y que tiene su fundamento en la opresión de los débiles por parte de los grupos dominantes; es decir, una situación por la que la humanidad pasó hace algún tiempo, pero que, gracias al progreso, ya sólo afecta a contadas minorías, que, además, normalmente se encuentran bastante alejadas de nosotros. En otras ocasiones, el problema sí es percibido como tal –se reconoce la existencia de la desigualdad–, pero se piensa que no se puede hacer nada para combatirlo, puesto que sus dimensiones nos sobrepasan, siendo escaso nuestro margen de maniobra para incidir en la transformación de la realidad; correspondería, más bien, a otros –quienes tienen alguna responsabilidad política– abordar este tipo de problemas, que escapa a las posibilidades del común de la sociedad.

En definitiva, parece que tras la muerte de la sociedad de clases nos resulta incómodo plantearnos el problema de la desi-

gualdad, porque nos faltan las herramientas conceptuales, no ya para la comprensión o la búsqueda de soluciones, sino para el mero planteamiento o enunciación del problema. Evidentemente, tenemos conciencia de dicho problema, pero se nos hace difícil identificarlo bien; está oculto bajo la apariencia de la amplia clase media en la que todos cabemos. La consecuencia es, en la mayoría de las ocasiones, la misma: una total y absoluta inmovilización social. Aun así, desde algunos campos científicos, como el de la Sociología –que aquí nos ocupa–, se observa un resurgir de este tipo de temas, superando lo que podríamos denominar como visiones clásicas y apuntando hacia nuevas líneas que en modo alguno constituyen aún –quizá nunca lo hagan– modelos más o menos acabados de análisis e interpretación de la problemática social y de la realidad en que se enmarca. Un excelente exponente de esto que comento es uno de los últimos libros de José Félix Tezanos.

Nuevas realidades sociales, nuevas formas para un mismo problema de fondo

Aunque la impresión mayoritaria pareciera indicar lo contrario, el problema de las desigualdades sociales no sólo persiste sino que, además, parece que aumenta. Lo que ocurre es que en los últimos tiempos, y en la línea de las profundas transformaciones experimentadas por la sociedad, presenta unas características diferentes a las que estábamos acostumbrados.

La obra de José Félix Tezanos se centra precisamente en los últimos tiempos, en tratar de dilucidar cuáles son las claves de este nuevo modelo de sociedad emergente y qué

implicaciones presentan de cara al problema de la desigualdad social. Su trabajo se enmarca, y profundiza, en toda una línea de investigación y producción surgida en la Sociología de los últimos años y de la que es un buen exponente la obra de R. Castel¹.

La premisa principal en torno a la que gira la obra que comentamos es que nos encontramos en una situación de cambio de paradigma de la disciplina sociológica a la hora de tratar de definir la estructura social. Así, estamos en la transición de un modelo de interpretación social basado fundamentalmente en la estructuración de la sociedad en grupos con una cierta homogeneidad interna y con diferentes relaciones entre ellos, es decir, lo que en la sociología tradicionalmente se ha conocido como el modelo de sociedad de clases, a otro modelo con unas características que el autor intenta analizar, pero que aún está por construir y perfilar.

Los cambios sociales que se están dando hacen que el modo tradicional de comprender la estratificación y los comportamientos sociales dejen de tener validez explicativa. Así, se observan cuatro tendencias fundamentales: la primera de ella es la invalidez cada vez mayor del concepto de clase social, al menos tal y como lo hemos conocido tradicionalmente y, de paso, del modelo de sociedad organizado en torno a una estructura en la que cada uno de estos grupos o clases sociales jugaba un papel determinado en función del lugar ocupado en la jerarquía social; la segunda, en el mismo sentido, sería la extensión del uso del concepto de clase media para definir a un grupo extraordinariamente amplio y heterogéneo, que presenta su propia estratificación interna; la

tercera es una tendencia hacia la reciente dualización social, en la que influye fundamentalmente el empleo, con un fuerte valor discriminante; la cuarta, por último, es la inexistencia de conciencia de clase social.

Esta última característica es especialmente importante en lo que a la desigualdad se refiere ya que, como bien dice el autor, "las imágenes sociales enmarcan las acciones colectivas que se proyectan en el plano político" (p. 43). Y es que la solidaridad ha sido tradicionalmente un fenómeno de clase. La unión de determinados grupos de personas para defender sus intereses y para ayudarse frente a las adversidades, va mucho más allá de las modernas formas de pseudosolidaridad, que en la mayoría de los casos no pasan de colaboraciones puntuales, impersonales y a distancia, del modo más aséptico posible, sin mancharnos con la realidad del otro al que "queremos ayudar", pero con el que, por el contrario, bien poco nos interesa compartir.

En definitiva, se plantea la necesidad de búsqueda de un nuevo paradigma que nos ayude a interpretar mejor las características del problema. El autor no se resiste a apuntar algunos de los rasgos fundamentales que presenta la desigualdad en el contexto de la nueva situación, tratando de definir cómo ha sido la evolución de los antiguos grupos sociales y cómo van quedando configurados en el nuevo sistema, con especial insistencia en los colectivos marginados y excluidos. A pesar de esto, no pretende en ningún momento de su trabajo hacer una sistematización ni llegar a la definición de las nuevas características de esa sociedad emergente y del complejo problema de la desigualdad en el seno de la misma². Muy

1 Las aportaciones de R. Castel en este sentido se remontan años atrás (Castel, 1997). Desde entonces, han sido múltiples sus publicaciones profundizando en diversos aspectos de sus propuestas. No obstante, una buena visión resumida y actualizada de las tesis de R. Castel en torno a este asunto fundamental de su producción investigadora en los últimos tiempos puede verse en Castel, 2001. En esta misma línea de publicaciones podemos destacar, por su relación con lo expuesto por Tezanos, aunque centrado en el caso francés, la obra de Fitoussi y Rosanvallon, 1999.

2 Un intento de perfilar algunas de estas nuevas características desde la óptica de la Didáctica de las Ciencias Sociales y haciendo hincapié en lo que afecta a la escuela fundamentalmente, puede encontrarse en García Pérez y De Alba, 2003.

al contrario, insiste constantemente en la situación de transitoriedad, construcción y, en cierto modo, incertidumbre, en la que se encuentra la sociología, y la sociedad en general, con respecto a este asunto central de su estudio.

¿Podemos hacer algo? De la voluntad a la responsabilidad Algunas implicaciones desde el campo de la educación y la Didáctica de las Ciencias Sociales

Después de todo lo anterior es lógico volver la mirada hacia nosotros mismos y tratar de sentirnos interpelados por la situación. En otras palabras, preguntarnos, como tantos y en tantas ocasiones: y nosotros, ¿podemos hacer algo?

Esta pregunta tiene dos niveles. En un primer nivel la cuestión debe ser entendida desde la perspectiva de si "existe la posibilidad" de hacer algo. Es decir, si por las razones que sean concluimos que no es posible cambiar o mejorar los problemas de la sociedad, no tiene sentido que nos planteemos nada más. Sin embargo, nada nos dice que no sea posible construir un modelo social carente de desigualdades. Otra cuestión es que aún no hayamos contado con la "tecnología social" suficiente como para poder construirlo a gran escala (Cohen, 2001). Y en la construcción de esa denominada "tecnología social" sospecho que bastante tendrá que decir la escuela.

Una vez que hemos llegado a la conclusión anterior tendremos que tratar de ver las consecuencias que esto tiene para nosotros. En este sentido, gran parte del inmovilismo que normalmente vive la sociedad, y que nosotros mismos experimentamos como miembros de la misma, se debe sencillamente a que equivocamos la estrategia y confundimos la pregunta. No se trata de

si "podemos" hacer algo, sino de si "debemos" hacerlo. Es decir, no tanto de la posibilidad de la acción o la voluntad personal cuanto de la responsabilidad personal y social que a todos nos concierne, como profesionales y, sobre todo, como ciudadanos de una sociedad democrática³.

Cierto es que la escuela no es la solución al conjunto de complejos problemas que afectan a la sociedad. Sin embargo, no lo es menos que constituye uno de los elementos del sistema social desde los que es posible actuar. Desde una perspectiva crítica la escuela no puede quedar al margen de esta nueva situación social. Esta responsabilidad atañe a la escuela como institución destinada a la educación y por lo tanto como ámbito privilegiado para la formación, el crecimiento y la emancipación personal y social.

Bien sabemos que la institución, como tal, es producto de una historia que ha generado determinadas rutinas y tradiciones que no están precisamente en la sintonía con lo que nos parece deseable, sino, más bien, todo lo contrario. Sin embargo, no lo es menos que la realidad cotidiana de la escuela se construye día a día gracias al trabajo de muchos hombres y mujeres que no pueden ni deben eludir su responsabilidad ni como ciudadanos ni como profesionales.

Si, como hemos visto, es incómodo plantearse el problema, más aún lo es plantearse una posible solución. Sin duda, el primer paso es la identificación y comprensión del problema. Aquí es donde, a mi entender, cabe preguntarse cuál es o debe ser el papel de la escuela en todo esto. En este sentido, algunas implicaciones prácticas para la escuela que deseamos podrían ser:

- Enseñar a ver. Buscar la complejidad que siempre subyace incluso (sobre todo) por debajo de lo aparentemente simple. Frente a problemas que parecen invisibles. Frente a las visiones simplificadoras del orden social que constantemente se lanzan a

³ Soy consciente de que el planteamiento que hago es un punto de llegada que a primera vista puede parecer excesivamente radical y ser objeto de múltiples discusiones. En este sentido, puede ser de mucha utilidad la lectura de Schmidt y Goodin, 2000.

través de los canales más diversos y que con pasmosa habilidad convierten invasiones económico-militares en liberaciones democráticas, se impone una necesidad de educar a los ciudadanos en la visión de una realidad social compleja y cambiante. Si pretendemos el desarrollo de democracias efectivas no podemos por menos que contar con ciudadanos capaces de ver los problemas del mundo que les ha tocado vivir. Es fundamental, pues, como primer paso para el crecimiento intelectual, cultural y social, aprender a cuestionar, a problematizar.

– Aprender a reflexionar. Evidentemente, los problemas no sólo han de ser identificados, sino que, sobre todo, deben ser analizados, reflexionados críticamente. Un reto aún mayor que ver la realidad, para la escuela, debe ser ayudar a los alumnos a profundizar en ella, y en su complejidad. En la sociedad postindustrial, en la que las relaciones son mucho más complejas que la bipolarización opresores/oprimidos de la sociedad industrial, la sutileza de las posiciones y, sobre todo, la individualización de los papeles, junto con la culpabilización de los desfavorecidos (Bauman, 2000), nos obliga a afinar la mirada.

– Tomar postura ante situaciones de injusticia, como un foro privilegiado de movilización y denuncia social. En este sentido, se trata de utilizar la denuncia también como elemento educativo. Como un modo de enseñar a nuestros alumnos una actitud crítica y de ciudadanía responsable y participativa. El caso de la movilización social, pero también, de un modo muy significativo, escolar, que se ha generado a raíz de la invasión reciente de Irak, es un ejemplo paradigmático de lo que estoy comentando⁴. Es fundamental, yo diría que vital, enseñar a tomar partido, a comprometerse en la

transformación efectiva de la realidad próxima y cotidiana, siempre con la vista puesta en los grandes problemas de la sociedad, en la línea del conocido “piensa globalmente y actúa localmente”. En definitiva, es necesario que la escuela sea capaz de hacer ver que la realidad no es inamovible y que, ello, en gran medida, se puede deber a lo que queramos de ella.

REFERENCIAS

- BAUMAN, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- CASTEL, R. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- CASTEL, R. (2001). *Empleo, exclusión y nuevas cuestiones sociales*. En R. Castel y otros: *Desigualdad y Globalización. Cinco conferencias*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales-Manantial.
- COHEN, G.A. (2001). ¿Por qué no el socialismo? En R. Gargarella y F. Ovejero (comp.): *Razones para el socialismo*. Barcelona: Paidós.
- CUESTA, R. et al. (2003). Lecciones contra la guerra. La enseñanza de las Ciencias Sociales como compromiso crítico y democrático. [Conjunto de diez artículos sobre dicho tema monográfico]. *Aula de Innovación Educativa*, 123/124, 6-41.
- FITOUSSI, J. P. y ROSANVALLON, P. (1996). *Le nouvel âge des inégalités*. París: Éditions du Seuil. (Trad. cast.: *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires: Manantial, 1999.)
- GARCÍA PÉREZ, F.F. y DE ALBA, N. (2003). La escuela ante las nuevas desigualdades. *Cuadernos de Pedagogía*, 328, 85-88.
- SCHMIDTZ, D. y GOODIN R.E. (2000). *El bienestar social y la responsabilidad individual*. Madrid: Cambridge University Press.
- TEZANOS, J. F. (2001). *La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*. Madrid: Biblioteca Nueva.

⁴ Esta movilización a que me refiero ha dado lugar no sólo a actos de protesta, sino a múltiples e interesantes actividades de diverso tipo en torno al tema que han contribuido a su mejor conocimiento y a un aumento de la formación y la capacidad crítica por parte de todos. Un buen ejemplo de lo que digo es el número monográfico que, bajo la coordinación de Raimundo Cuesta, se ha publicado en *Aula* (Cuesta et al., 2003).